



CONTRA EL ESPECIALISMO

Victoria Camps

Lección académica para el acto de graduación del grado en Filosofía, Política y Economía de la Alianza de 4 Universidades, 29 de junio de 2019.

Todos los actos de graduación son una fiesta por sí mismos y por lo que significan. Este lo es especialmente por el grado de que se trata, un grado cuyo atractivo radica en el cruce de conocimientos, algo cada vez más necesario para abordar en toda su complejidad los problemas que nos preocupan. Celebro que la Universidad Autónoma de Barcelona se haya sumado a esta iniciativa inteligente y prometedora.

Yo estudié Filosofía y Letras en una época en que la Filosofía era una especialidad de una carrera más amplia que abarcaba todas las Humanidades. Una época en que la Facultad de Económicas incluía la Política y la Sociología, el conjunto de las Ciencias Sociales. A lo largo de mi carrera como profesora, he asistido a la fragmentación de todos estos estudios en grados cada vez más especializados, incluido el de Filosofía. Siempre he visto como un empobrecimiento que la extensión de los estudios superiores haya fomentado la singularidad de los distintos conocimientos y no la universalidad de los mismos. Lo contrario de lo que debería propiciar una institución llamada Universidad.

Veo en un grado que responde al título de “Filosofía, Política y Economía” la voluntad de revertir esa tendencia, lo cual es una muestra de apertura y de respuesta a lo que la época en que vivimos y los jóvenes de nuestra época le piden a la Universidad. Lo prueba la alta demanda que tiene este tipo de estudios. El

conocimiento del experto es por supuesto necesario, pero se adquiere después, en los posgrados y, sobre todo, en el ejercicio de la actividad profesional. Los grados, en cambio, han de proporcionar una formación abierta y flexible, versátil, capaz de atender a los nuevos retos que plantea la sociedad del conocimiento desde perspectivas y lenguajes distintos, desde el lenguaje que se limita a describir y constatar hechos, al que los interpreta, los interpela y los valora.

Esta mirada amplia es imprescindible cuando las disciplinas a las que nos referimos tienen como objeto de análisis y estudio la acción humana en alguna de sus dimensiones fundamentales, como lo son la política, la económica y el pensamiento en general o la reflexión filosófica. Que la dimensión económica es fundamental nadie lo duda. Tampoco dudamos que la política y la economía no pueden ignorarse entre sí sin perder el sentido de la realidad. Más difícil es explicar por qué la filosofía sigue siendo interesante. Las humanidades en general son estudios poco atractivos, sólo porque carecen de una utilidad práctica verificable. Sin embargo, los grandes filósofos, como los grandes escritores o artistas del pasado siguen siendo clásicos que hay que conservar no sólo como parte de un patrimonio cultural universal, sino porque sus teorías iluminan el presente. Lo hacen la ética y la política de Aristóteles, los tratados de Cicerón, la Ética de Spinoza, la teoría de los sentimientos morales de Adam Smith, la propuesta kantiana de una paz perpetua, el espléndido alegato a favor de la libertad individual de John S. Mill. Y tantos otros.

La fragmentación del conocimiento y su especialización en disciplinas cada vez más separadas entre sí era necesaria e inevitable. Pero todo desarrollo inevitable tiene consecuencias que hay que corregir o compensar. Las resume el conocido ensayo de Charles Percy Snow, "Las dos culturas", donde se lamenta de la brecha cada vez mayor entre la cultura científica y la humanística. El sociólogo Wolf Leppenes quiso ver en las ciencias sociales el puente que podía unir ambas culturas. Un puente que, sin embargo, se ha mostrado inexistente si nos fijamos en la fascinación

contemporánea por las estadísticas y las cifras, los datos empíricos, que han hecho de la sociología, la política y la economía ciencias “libres de valores”, meras descripciones de lo que ocurre sin entrar en la consideración de si lo que ocurre es bueno o malo, o incluso de qué hacemos con los datos obtenidos para orientar el futuro. Los datos son un punto de partida para cambiar las cosas, para lo cual hay que hacerse las preguntas pertinentes y aceptar la incertidumbre de las respuestas. Lo más grave, constataba Snow, no es que cada disciplina limite cada vez más su campo y utilice una jerga incomprensible para las demás disciplinas, sino que no tenga ninguna curiosidad por saber qué están haciendo quienes no pertenecen a su gremio. Cada uno en su torre de marfil, indiferente a lo que ocurre en el exterior.

Contra el especialismo ya se pronunció Ortega en su ensayo “Misión de la Universidad”, a principios del siglo pasado. Le pedía a la enseñanza superior que luchara “contra la barbarie del especialismo”. Proponía crear una “Facultad de Cultura”, que evitara que los alumnos se convirtieran en “paletos de la ciencia”. Porque –decía– “la cultura es lo que nos salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento”. En otras palabras, pedía devolverle a la Universidad esa tarea central de la Ilustración que Kant definió como el *sapere aude*, “atrévete a saber por ti mismo”. El ejercicio de la autonomía para orientarse en el conocimiento, tan imprescindible en la época de la revolución digital, exige algo más que la transmisión de unos conocimientos instrumentales dirigidos utilitariamente a servir para ejercer este o aquel oficio.

También Joaquim Xirau, en sus escritos sobre educación, y en la línea de la doctrina de la Institución Libre de Enseñanza, se mostró preocupado por conseguir una educación auténticamente humanista. Dicha educación, a su juicio, se resumía en dos ideas: 1) ayudar a la conciencia a descubrir su destino; 2) en la convicción de que el ser humano está a medio hacer y debe seguir haciéndose. Refiriéndose en concreto a la Universidad, Xirau explica que la libertad significa riesgo: “las universidades no

deberían dar nada que suponga una protección mecánica y burocrática o un seguro contra las contingencias de la vida”. Es cierto que, hoy por hoy, aunque las universidades quisieran cumplir con esa función protectora, no sabrían cómo hacerlo, tal es el nivel de penuria económica en que se encuentran. Sea como sea, lo que Xirau proponía para la universidad iba más allá de la mera formación de profesionales, ya que –afirmaba- ninguna profesión es un fin en sí misma, sino que cualquiera de ellas tiene un fin más alto: la justicia, la salud, el bienestar, la belleza.

Hoy estamos lejos de la fascinación positivista por las teorías verificables o por el razonamiento estrictamente lógico que ocupó la primera mitad del siglo pasado. Popper separó la ciencia de la metafísica, entendiendo que sólo era científico lo empíricamente falsable y que el resto era pura metafísica. Max Weber se lamentó del desencanto de un mundo desvalorizado, incapaz de establecer una jerarquía entre los fines últimos y a favor de una racionalidad instrumental de miras más cortas. En “La ciencia como profesión” aboga por una ciencia sin política, ya que las aulas no son el lugar de hacer política. Aun así, en ese otro gran ensayo que es “La política como vocación” establece una distinción entre dos tipos de ética: la ética de la convicción y la ética de la responsabilidad. Esa distinción sigue constituyendo un marco inmejorable desde el que valorar las decisiones irresponsables.

Vivimos en la posmodernidad que no duda en afirmar que todo es relativo y que no hay forma de justificar ningún principio. Buscar la verdad con mayúsculas es una empresa estéril porque la verdad no la tiene nadie. Sólo pueden suscitar consenso ideales muy abstractos: la justicia, la paz, la libertad, la democracia. Pero en la práctica ni siquiera es posible llegar a un acuerdo sobre el significado de estos ideales. De este descreimiento al “todo vale” o a las *fake news* sólo hay un paso. Lo cual no ha contribuido a moderar la especialización, sino todo lo contrario. Parece que el conocimiento limitado a parcelas cada vez más pequeñas puede darnos más seguridad, y tiene más posibilidades de inserción laboral. Isaiah Berlin dividió a los

pensadores y escritores en dos tipos de personas, basándose en una frase del poeta griego Arquíloco: “mientras que la zorra sabe muchas cosas, el erizo sólo sabe una e importante”. Me temo que hoy estamos formando muchos erizos y pocas zorras. Aunque el conocimiento de la zorra es más disperso y caótico, es más adecuado para enfrentarse a un mundo que cambia a una velocidad insospechada, en el que uno de los problemas que nos planteamos es en qué trabajaremos y cómo cuando la robótica lo haya invadido todo.

La mezcla de conocimientos es buena. Es buena para la economía y la política, pero sobre todo es imprescindible para la filosofía. El futuro interés por la filosofía dependerá de que ésta deje de ser una especialidad más, gremial y encerrada en sí misma y en el estudio de los filósofos antiguos y modernos, ni la que se enreda en una espiral de problemas que no tienen ningún contacto con la realidad. Hoy la enseñanza de la ética no puede reducirse a seguir explicando a Aristóteles, a Kant o a Habermas. Las éticas aplicadas reflexionan sobre la función de las distintas profesiones. El cultivo de lo teórico no es inconsistente con la ambición práctica.

Esta forma de entender la filosofía ya fue preconizada por Manuel Sacristán en un ensayo que originó una polémica interesante en los años sesenta del siglo pasado. La filosofía –decía- ya no debe ser el supersaber que lo abarca todo, sino “una actividad crítica sobre los conocimientos reales existentes: los científicos y los precientíficos de la experiencia cotidiana”. Abogaba por una filosofía no sustantiva; en términos de burocracia administrativa: no una especialidad, sino un doctorado. Sólo sustrayéndola del ensimismamiento y proyectándola al exterior cumplirá la función que hoy se echa de menos a propósito de cualquier actividad humana: la de estimular el pensamiento y argumentar con precisión y rigor.

Es cierto que los filósofos nos movemos en la abstracción más desesperante para el que no está acostumbrado a nuestro lenguaje. Pero también somos capaces

de utilizar las abstracciones para plantear cuestiones más prácticas. Cuestiones que ninguna ciencia se plantea porque no pertenecen a ninguna disciplina en concreto, pero nos preocupan a todos. Preguntas del estilo de las siguientes: ¿qué papel ha de tener la conciencia ante la expansión de la inteligencia artificial y el dominio de los algoritmos en la toma de decisiones? ¿qué podemos hacer ante la presumible desaparición del trabajo tal y como lo entendemos, como una actividad estrictamente productiva y remunerada? ¿cómo deconstruir ciertas creencias que una ciencia económica acrítica da por indiscutibles, como la de que “el mercado se autorregula” o que “toda demanda genera una oferta”? ¿qué es ser ciudadano en la época de las migraciones?

Decía Kant que las intuiciones sin conceptos son ciegas y los conceptos sin intuiciones son vacíos. Traducido a un lenguaje más comprensible significa que la especulación pura es estéril si no sirve para ilustrar lo que los datos, cifras o estadísticas, por sí solos dicen muy poco. A la reflexión filosófica le corresponde trascender los datos e interrogarse sobre qué tipo de cambios hay que extraer de ellos. La filosofía debe descender a la tierra y poner su riqueza conceptual al servicio de la comprensión de la realidad. Ya que es el conocimiento reflexivo por antonomasia, debe proyectar su reflexión sobre el saber empírico. A propósito de la educación superior, Bertrand Russell decía que uno de sus defectos es que se ha convertido “en un puro entrenamiento para adquirir ciertas habilidades y cada vez se preocupa menos de ensanchar la mente y el corazón de los estudiantes mediante el examen imparcial del mundo”. Ver de otra forma lo que todos tenemos delante de los ojos pero no somos capaces de observar, interrogarse sobre lo que ocurre, examinarse críticamente uno mismo y las propias tradiciones, son inquietudes que la educación superior no debe dejar de lado. Según Amartya Sen, a la filosofía le corresponde “ver con claridad” en el sentido siguiente: “la filosofía tiene mucho que ver con aclarar las cosas, no por medio del conocimiento especializado, sino a través del razonamiento. Es posible, por supuesto, ser maravillosamente lúcido y estar por completo



equivocado. Sin embargo, la lucidez no ayuda a la supervivencia de las creencias sin fundamentos, las deducciones tontas, los prejuicios infundados o la justificación del sufrimiento innecesario. Bueno, todo esto ya habla a favor de un razonamiento lúcido aun cuando no resuelva todos nuestros problemas”.

No es misión de la Universidad o de la política universitaria proponerse cambiar a las personas. Pero sí está en sus manos establecer las condiciones para que quienes accedan a ella saquen el mejor partido posible del conocimiento que se les suministra. Dar la oportunidad de que los distintos saberes se interrelacionen, se universalicen y no se encierren en la oscuridad de los distintos departamentos, contribuirá a ensanchar los horizontes de las nuevas generaciones.

Y ayudará a pensar, una actividad que nos define como humanos, pero que apenas se practica. “Lejos de nosotros la funesta manía de pensar” es una frase que se atribuye al que fue rector de la Universidad de Cervera en tiempos de Fernando VII. Ojalá pensar fuera una manía en el sentido originario de la palabra, que significaba “locura”, “obsesión”. Si la Universidad no ofrece el espacio propicio para el pensamiento, ¿quién lo hará?